

## Afilaor

Todos los ahorros de la pareja se iban acumulando en aquella pequeña bolsa de hule negro en la que caían perras chicas y gordas con no tanta celeridad como urgía su gran impaciencia. Aspiraban a casarse, y ella había aconsejado al novio que ahorrara para comprar una de esas ruedas de afilar que explotaban lucrativamente su padre y sus hermanos desde tiempo inmemorial. Pero él había alegado no conocer el oficio, y ella: mira como lo hace mi padre, y él: a ver si se enfada porque ando fisgando para luego hacerle la competencia.

No falló el pronóstico: Cuando tuvieron la bolsa de hule negro llena de perras mandaron hacer de encargo una rueda de afilador, casaron y rompieron con la familia de ella, que no quería competidores en un negocio que no daba para demasiadas gollerías.

— ¡El afila00000000r, se afilan cuchillos, navajas, tijeras... el afila00000000r.

Mientras él entonaba su repetido pregón al pie de la rueda, la mujer subía y bajaba por las casas recogiendo hachas, cuchillos y tijeras, ofertando precio y servicios mencionando con esa seriedad que sólo cabe esperar del artesano:

Mi marido afila como nadie, le dejará como nuevo el cuchillo de cocina.

Yo lo que tengo son unas tijeras que hacen trasqui lones...

Mi marido se las deja como nuevas, afila mejor que nadie.

Afilaba bien, cierto, mejor que nadie. Llevaba cuatro años recorriendo calles y ya eran cuatro de familia los que comían del negocio. Le había costado abrirse paso entre la competencia, era dura la labor, pero se había labrado un nombre de profesional concienzudo, conocedor de la rueda, servicial y considerado en el precio.

—El afila00000000r, se afilan cuchillos...

La mujer había sido su sombra indisoluble. Hasta que un día, un mal día, el filo cortante del cierzo socabó los pulmones del tercer hijo, el hijo que nació débil, obligándola a quedarse con el pequeño en casa, en continua duermevela sobre aquel grillito de respiración entrecortada

Desde entonces, el hombre hacía solo la ronda ciudadana.

Salía muy temprano, de madrugada, con la fresca; y se dirigía al barrio donde presumía que aguardaban su presencia, una vez allí, instalaba la rueda en una equina, movía con el pie el mecanismo que accionaba la ruda de piedra, hacía sonar, como reclamo, un hierro viejo que dejaba tras de sí un vibrante chasquido de chispas y chirridos y entonaba con insistencia de cigarra su pregón:

—El afila0000oor, se afilan navajas, hachas, tijeras...

Al rato comenzaban a abrirse balcones, y asomaban en ellos mujeres oteando la calle, indagando sobre la procedencia del ruido, buscando con la vista el rincón donde el "afilaor" entonaba su tosco pregón de vendedor solitario, de vendedor que no precisa ganar mediante estratagemas y pillerías al vendedor que le hace sombra dos puestos más allá. Desafortunada cosa sería que dos afiladores se instalaran en la misma calle, próximos. Posiblemente aquello acabaría en reyerta; pero los afiladores saben conservar su coto y van a

los mercados respetando aquellos donde saber que hay un competidor, y por la misma regla de tres no pasan por una calle ya atendida por un compañero.

Era un "afilaor" de honradez extremada. Tenía ateza da la tez, colgante la nariz, rizado el cabello, gruesas, potentes y nervudas las manos, negras la uñas, ronca la voz. —El afila0000oor...

En tanto bajaba o no bajaba la clientela, charlaba con los chicos y fumaba un cigarrillo. A veces pedía un lápiz, una goma o una libreta para el hijo mayor, que asistía a las Graduadas y no tenía con qué o en qué escribir el pobre. Había ocasiones en que el crío le acompañaba, y era de estremecer, de mucho estremecer, la gran desnudez y fragilidad de su esqueleto, de su triscante esqueleto. El muchacho ayudaba al padre, aprendía el oficio y mientras le llegaba la edad de utilizar la rueda, subía y bajaba escaleras yendo a aquellos pisos donde una mujer gritaba:

—Es que no puedo bajar.

También pasaba el muchacho por los bares y por las cafeterías, donde entraba y salía preguntando si tenían algún objeto sin filo que precisaran reparar; recorría las carnicerías y las tiendas de ultramarinos, preguntaba en unas y otras y no siempre conseguía llevar a su padre un objeto que afilar, un objeto cualquiera, una navaja, un cuchillo, una cuchilla barbera, un hacha, cualquier cosa que sirviera para ayudar a enderezar ligeramente el sufrido patrimonio familiar.

El hombre esperaba sin decir nada, callaba cuando las cosas le iban mal y trabajaba con mucha concentración pasando con sumo cuidado el acero por la piedra en movimiento, acelerando o desacelerando, doblando el filo para que la piedra lo mordiera más, obligando la hoja cuando la calidad del instrumento lo requería, pero cuidándose muy mucho de que no quebrara. Cosa que, cuando ocurría, le representaba un quebranto, pues a veces el dueño del objeto igual se negaba a admitir que la rotura se había producido por mala aleación del acero, y por mucho que él argumentara responsabilidad y que arguyera que su profesionalidad estaba a salvo de toda sospecha; el dueño reclamaba con contumacia: "otro nuevo o éste reparado". En tales circunstancias, el "afilaor" no perdía la compostura, escuchaba pacientemente, plétórico de tolerancia, con esa humildad del que lleva la pobreza con dignidad, alegando razones, mostrando la inconsistencia del acero, indicando el punto débil del acero, el óxido, la debilidad de la hoja, con la punta negra de su aporronado índice, y si aún así, a pesar de sus razonamientos, no era posible llegar a un acuerdo, hacía de tripas corazón y reparaba el mal sacando los seis o siete duros que llevaba ganados y mandando al hijo a que comprara uno nuevo en la cuchillería más próxima.

Luego igual se le endurecía el semblante. Pero no pasaba de ahí. El "afilaor" se pasaba las manos por los ojos y gritaba con más fuerza que nunca, con la misma decisión con que un mamoncito busca su ubre perdida:

El afilaaaa0000or, se afilan cuchillos...

De la plaza del Romea iba a la de Santo Domingo. Más tarde, peinando siempre el sector, regresaba por la calle de Alfaro o de Jabonerías a la Plaza de San Bartolomé, donde su rueda giraba y giraba y giraba lamiendo con rabia, con furia, con arte el acero, arrojando

multicolores chispas al aire, gimiendo con enervamiento, acompañando su sonsonete:

-El afilaaa0000r.

A pesar de sus estrecheces, nunca se oyó al buen hombre una palabra de queja, ni un lamento, ni un reproche; vivía en las afueras de Murcia, en una de esas casas fronterizas entre la ciudad y la Huerta; tenía ésta rota, aunque encalada, la fachada; umbría y húmeda la limitada estancia, pero ordenada y limpia; pobre y descuidada la fresquera, pero suficiente a sus moderadas apetencias. El "afilador", por su parte reía poco, (el afilador casi siempre es hombre serio) hablaba menos, fumaba mucho, un cigarrillo tras otro, que encendía con la burbujeante chispa que saltaba de la rueda al conectar con el canto acerado de cualquier instrumento y, en especial, del que usaba como llamador.

Era obvio que el hombre se conformaba con la vida más que ligeramente apretada que llevaba, por mucho que las escaseces le obligaran a transportar la rueda sin descanso, incluso en los días festivos. Pero he aquí que los rectores de la Murcia ensimismada de los años cincuenta decidieron sacarla del confort provinciano y cambiarle su aspecto de Bella Durmiente para darle otro más a tono con el ajeteo de los tiempos. A partir de aquí todo sucedió de modo inevitable: El "afilador" estorbaba en todas las esquinas, los "espantaburras" le requerían con respetuoso despotismo para que abandonara las calzadas que él siempre había ocupado y se permitían indicarle que se instalara en las aceras, aceras que más tarde hubo también de abandonar porque las convirtieron en aparcamientos.

He aquí un dato histórico: El ritmo trepitante de la capital del Segura a la búsqueda proustiana del tiempo perdido obligó a desalojar las calzadas ancestralmente ocupadas por artesanos, menestrales y oficianes diversos... Todos se vieron obligados a ahuecar el ala. ¿Para qué? Para que pudieran circular por ellas libremente los vehículos. El "afilador" poco tenía ya que hacer. Sus gritos se entreveraban, se confundían, se ahogaban entre el estallido del tráfico motorizado, ya no había sitio para él; si se paraba en un repecho a aliviar el aliento, el "espantaburras" hacía sonar su silbato para que se apresurara, para que se alejara de allí cuanto antes; las mujeres de los pisos noveno, décimo y undécimo (en estas alturas es como vivir en la luna) ignoraban el aliento abrasivo de la piedra que lame la hoja del cuchillo... ¿Qué le quedaba por hacer al "afilador"? ¿Cómo podía competir con los establecimientos fijos? ¿Cómo iba él a pensar en establecerse? ¿De dónde iba a sacar para el traspaso o el alquiler? ¿Quién le facilitaba un bajito?

Los "afiladores" más pudientes decidieron entonces motorizarse, para de ese modo afilar mecánicamente y poder acudir a más mercados. Fue, qué remedio, la adecuación del hombre al medio. Pero para uno que ama más la ética que la estética un isocarro con la rueda de afilar arriba constituía una imagen bastante más injustamente arcaizante que la de la rueda empujada virilmente por su dueño. Obvio I porqué: una rueda de "afilador" movida por una batería representa una prostitución del medio, es decir, confiar a la mecánica lo que siempre ha sido atributo exclusivo del pie, del tacto, del oficio.

—No es posible —decía nuestro "afilador"— saca filo a una buena hoja de acero con la máquina; eso estropea. Lo bueno es coger el cuchillo así, una mano en el puño y otra en la punta, apretar con fuerza, y pasar la rueda lentamente al principio y luego más rápido, así,

jugando la pierna y el brazo, hele.

Y como nadie logró persuadirle de que estaba en lo cierto, el hombre sigue) ciudad arriba y abajo recorriendo barrios y calles con su rueda de afilar. Y a pesar de que su intención era ser útil, dar un servicio público, aún había de cargar con los insultos de los automovilistas y arrastrar además, el sambenito de anticuado que le colgaron vienes veían en él una figura retardataria y vergonzante para una ciudad llamada Huerta de Europa.

Una noche, luego de mal cenar, dijo al "afilar" su prójima:

—Así no podemos seguir, no te empecines.

El se levantó de un salto, tosió, cogió un gran achino de cocina (de los que le llevaban a casa para afilar de noche) y se quedó mirando extrañamente a la familia. Luego dio una patada a la rueda, de resultas de la cual saltaron chispas y se quejó el viejo artilugio.

Al día siguiente lo vendió a un coleccionista por unas cuantas gordas más de las que ellos habían recolectado, ahorrando, con mil dificultades para poder comprarlo y casarse.

La mujer emitió un juicio irrefutable:

—No hicimos mal negocio comprando la rueda. Hemos vivido mal que bien de ella todo el tiempo y aún nos la valió algo al venderla ahora.

—Sí, mujer; sí que es cierto, nos ha dado lo suficiente para venir a Barcelona. Bien ya estamos aquí. ¿Y ahora qué hacemos...?

Lamentablemente para ellos: Cualquiera cosa, desde luego, que no sea rodar la rueda de "afilaor".